

Ilustrado por Lilian Maa'Dhoor y Peli

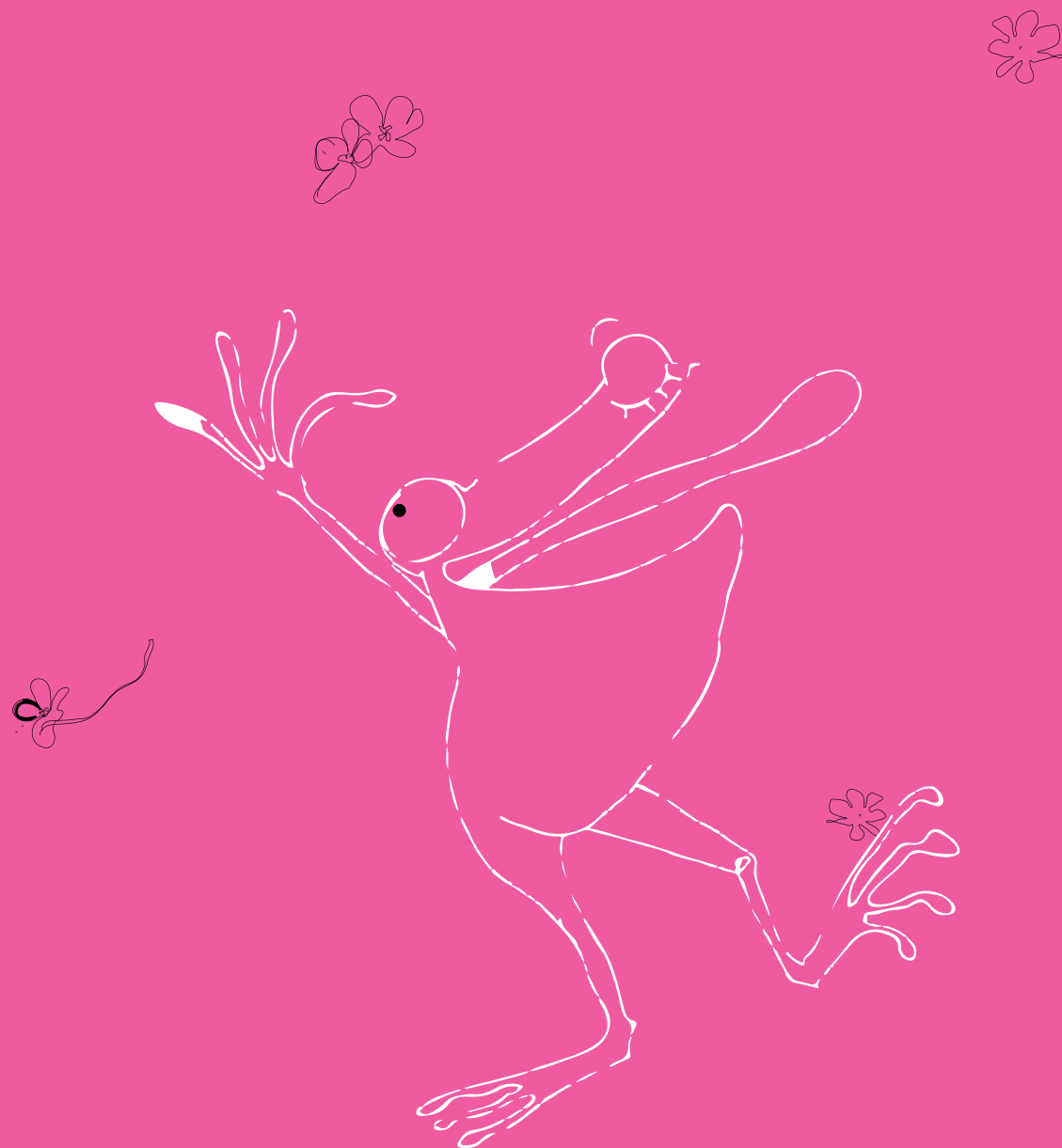
Nocturno en el balcón

Luiz Carlos Neves

Fundación Editorial



elperroylarana



Nocturno en el balcón

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)
© Luiz Carlos Neves

Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas-Venezuela, 1010
Teléfonos: 0212-768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

comunicacionesperroyrana@gmail.com
atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Ilustraciones

© Lilian Maa'Dhoor y Peli

Diseño de portada

© Lilian Maa'Dhoor y Peli

Diagramación

Jenny Blanco

Edición y corrección
Yanuva León

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017002966
ISBN 978-980-14-4072-7

Ilustrado por Lilian Maa'Dhoor y Peli

Nocturno en el balcón

Luiz Carlos Neves

Secuestro

Un día amanecí en casa de los humanos.

Cuando me desperté era demasiado tarde. Me habían puesto en un carro. Tú me preguntas por qué no me escapé. Porque me encontraba en la orilla de un charco y dormía profundamente, en mi mata de violeta.

Había humanos pequeños, por supuesto. Yo oía la voz de una niña y la de un varón.

Se escuchaba también la radio. Los adultos de vez en cuando hablaban.

El transporte de los hombres se llama carro y transporta gente, cosas y animales.

El carro, ese animal metálico de patas redondas y huellas largas, iba entre baches y cornetazos.

Yo tenía la sensación de comenzar una nueva aventura y no tener elección. Sacaron la mata del carro y a mí junto a ella. Me escondí detrás de una hoja. Ni siquiera respiraba. Tonterías mías. Después aprendí que los humanos no pueden oír la respiración de una rana.

Subimos por el ascensor, una especie de cajón el cual sube y baja y lleva a las personas a su casa. Las casas están construidas unas sobre las otras.

¿Tú también sentiste un friío en la barriga? Sentí lo mismo. Pusieron la mata en el balcón, donde nos encontramos ahora. Pude conocer la ciudad. Las mujeres y los hombres viven en sus casas verticales, colectivas como las de las abejas.

¡Mi vida iba a cambiar tanto! Mi dieta no varió: había insectos en el charco, hay insectos en el balcón. Lo que me preocupaba era la gente de la casa.

¿Qué iba a pasar cuando se diesen cuenta de mi presencia allí? Te explicaré.



Enamorada

Todos dormían. Afuera llovía mucho y empecé a tararear:

*Sapo, que se va y se viene,
sapo, que se va y se va...*

Canté mucho tiempo. De repente se encendió una luz. Paré de coplear. Se acercó el hombre, con cara de sueño. Miró al balcón con sonrisa de dormido. ¡Qué te digo! El hombre volvió a dejar todo a oscuras. Me puse a entonar de nuevo:

*Ah, sapo bien bueno
es el sapo Guasón
lo agarré por el brazo.
Dijo a navegar
ron, ron, ron, ron...*

Al día siguiente me enteré de que toda la noche ofrecí serenatas al marido y a la mujer. Se sentaron en el sofá de la sala, con la luz apagada, oyéndome. ¿Cómo lo supe? Lo comentaron por la mañana mientras desayunaban. Arrullaban como una pareja de ranas enamoradas. Uno de ellos dijo:



—¡Ay, mi amor, fue tan bella esta noche, en la oscuridad del salón, escuchando las canciones de la rana!

Fue mi estreno en público. Sentía mucha vergüenza. Pero sus palabras me tranquilizaron.

Al menos me escucharon con simpatía, no me molestaron con tanto busconear.

Lo más peligroso fue cuando los niños se despertaron y supieron de mi existencia.

Comenzaron a examinar cada hoja de cada mata, hasta que su mamá intervino:

—Dejen tranquila a la rana. Si siguen buscándola se fugará.

Eso los calmó. Y yo pude volver a respirar. Por el momento.

Navidad

—Vengan, niños, ¡vamos a arreglar el árbol de navidad! —así dijo la dueña de la casa.

La casa era toda confusión. Me refugié dentro de un zapato, pues la señora empezó a instalar unos cables con unas lamparitas, mientras los niños se ocupaban de poner ángeles, estrellas, duendes, velas a las ramas del pino.

Tan pronto acabaron su faena, regresé a mi violeta. Quería esconderme de aquel arbolito cargado de tantos birlibirloques. En la noche prendieron las luces de ese arbusto. Eran de todos los colores, se encendían y apagaban, se apagaban y se encendían. Poco a poco fui cobrando coraje y me puse a cantar más fuerte, más duro, con más entusiasmo, al ritmo de las luces.

Insomnio

En este balcón aprendí mucho sobre el insomnio. Jamás conocí un animal que no pudiera dormir. Si no duermen es porque no quieren. Pero no, ¡el problema no era mío! Era del hombre, del varón mayor. La segunda noche el hombre se despertó y vino para el balcón. Paré cántico. El regresó a su habitación. Yo volví a la melodía. De nuevo encendió la luz. Yo me quedé en silencio.

Ahí estaba él buscándome cuando acudió su esposa:

—¿Qué haces?

—Busco a la rana.

—¿Por qué?



—Pues no puedo dormir con su ruido.

—Cálmate, ya te preparé una tisana. Te hará dormir como un angelito.

Durante tres noches fue la misma cacería. Pero no dejé mi canto:

*Lo que quiere la rana,
es que la tiren al agua...*

La última noche fue la peor. El tal señor movió todas las matas del balcón. Me escondí en el árbol de navidad. Detrás de una estrella, después tras una vela, en seguida en el medio de una mota de algodón, y finalmente sobre el sombrero de un duende. Él me buscó también por ahí. Debí refugiarme en su vieja máquina de escribir, un cacharro puesto sobre una mesita. En silencio.

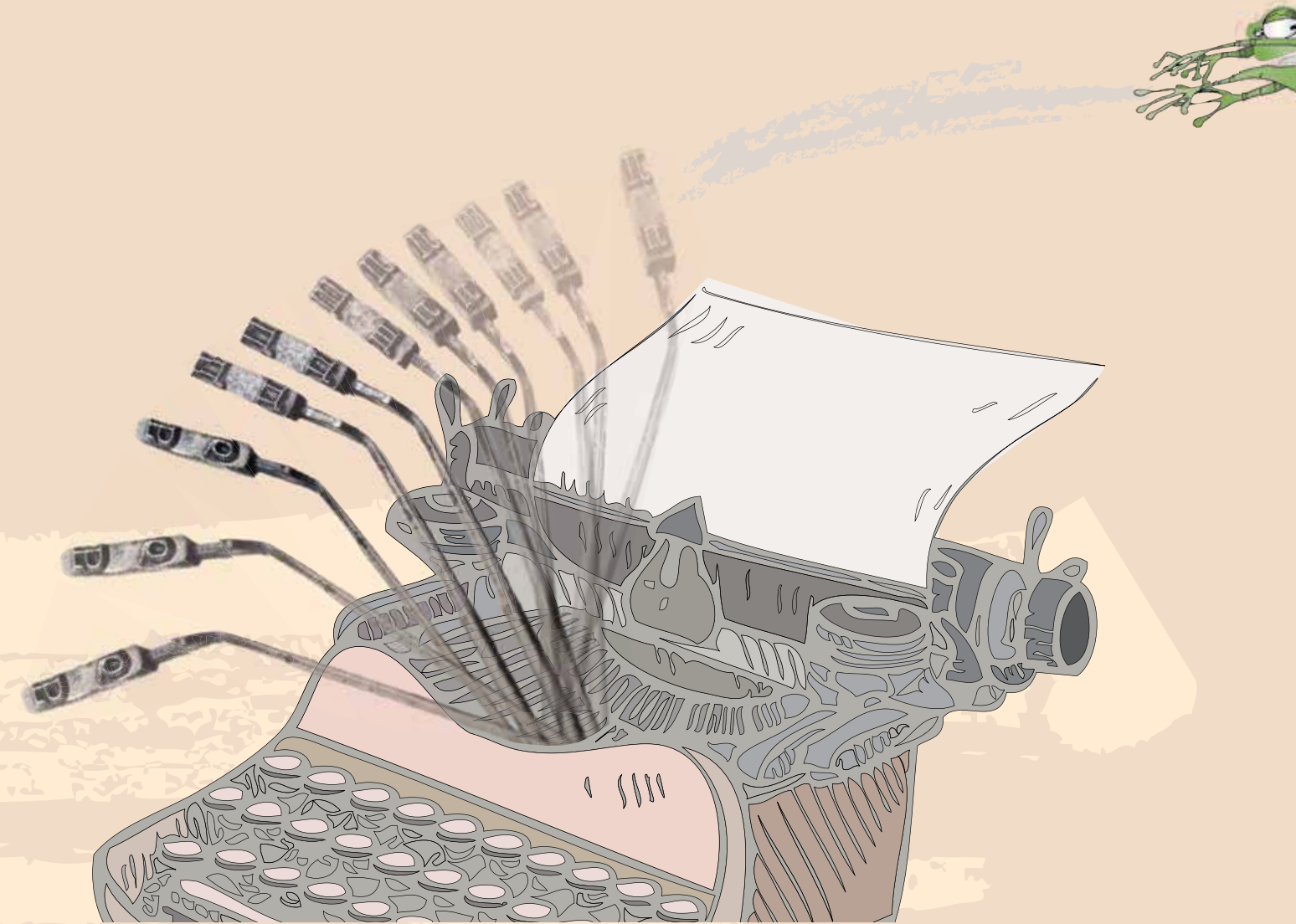
—No puedo dormir más. Por lo menos voy a seguir escribiendo –refunfuñó el hombre.

Yo estaba muy preocupada. ¿Y ahora qué hago? No podía hacer nada. Tan pronto él empezó a teclear, una de las letras me golpeó, choqué contra la hoja de papel y salí volando a agarrarme a una hoja de helecho.

Es bueno volar, pero no en esas circunstancias. Al día siguiente, cuando los niños supieron que su padre quería echarme de la casa, armaron un revuelo. Pasaron mucho rato en discusión. Ya muy tarde la niña preguntó a su papá:

—¿Mi mamá duerme bien todas las noches?

—Sí –contestó el padre.



—¿Y Gabrielito?

—Tu hermano también.

—¿Y yo?

—Tú también —contestó el hombre.

—Todos dormimos al son del canto de la rana. Solo tú te quedas despierto. No es justo que ella deba salir de la casa.

—Tomarás menos café —dijo la esposa, buscando una respuesta— te haré té de tilo con manzanilla.

—O una infusión de flor de cayena...

Regalos

Esa niña, mi amiga, también venía a curiosear en el balcón y bajo el árbol de navidad. Miraba largo rato los paquetes. Ella me buscaba de reojo, pero yo tenía mis ojotes bien abiertos, por si acaso:

*Salto, salto,
brinco, brinco.
Salta sapo, brinca rana,
no vayan a hincarse
con este pincho...*



Una noche todos sufrieron insomnio, toda la familia. Vinieron otras personas, desconocidas para mí. Ya era muy tarde y nadie iba a dormir. Los niños correteaban por la casa y los adultos comían y bebían. Era mucho el alboroto. Me callé. Después la gente abrió las cajas de regalos, se abrazó y se besó. La niña contó a las visitas: —Hay una rana en el árbol de navidad.

Yo no supe cómo ella lo supo. Todos se acercaron al árbol y empezaron a mirar.

—¡Nada de mirar con los dedos!

Después de mucho esconde-esconde y muchas burlerías, aquello hasta se transformó en un juego. Ellos fingían no verme y yo fingía ocultarme. Bien, más tarde, cansados, se fueron a acostar.

Paz

Luego de esa noche de silencio, las otras son puro canto:

*La ranita verde
canta en su violeta...*

Y todos sueñan.





Luiz Carlos Neves (1945)

Nació en Brasil. Reside en Venezuela desde 1983. Abogado, novelista, dramaturgo, poeta, cuentista, investigador y cuentacuentos. Actualmente dedica su tiempo a la escritura de libros para niños y talleres de creación literaria, ha publicado más de treinta libros entre teoría literaria y libros para niños y jóvenes. Como investigador ha participado en congresos y foros por toda Latinoamérica.



EDICIÓN DIGITAL
diciembre de 2017
Caracas - Venezuela

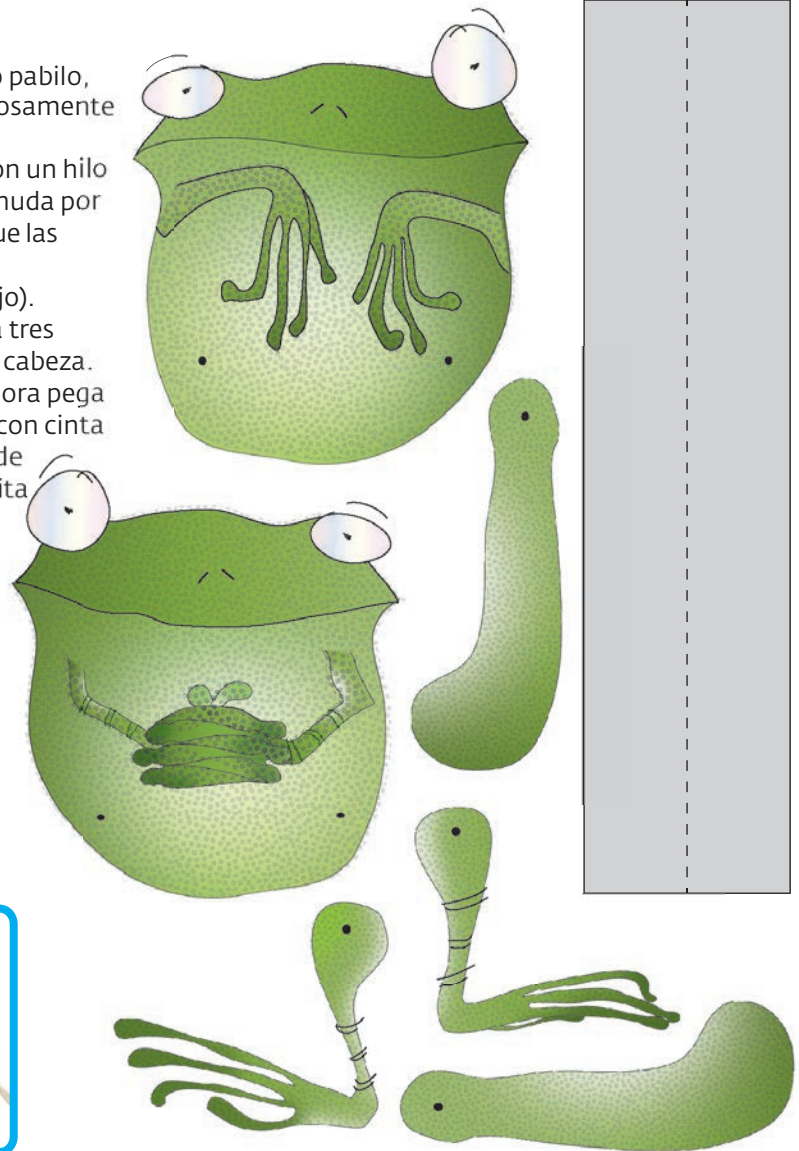
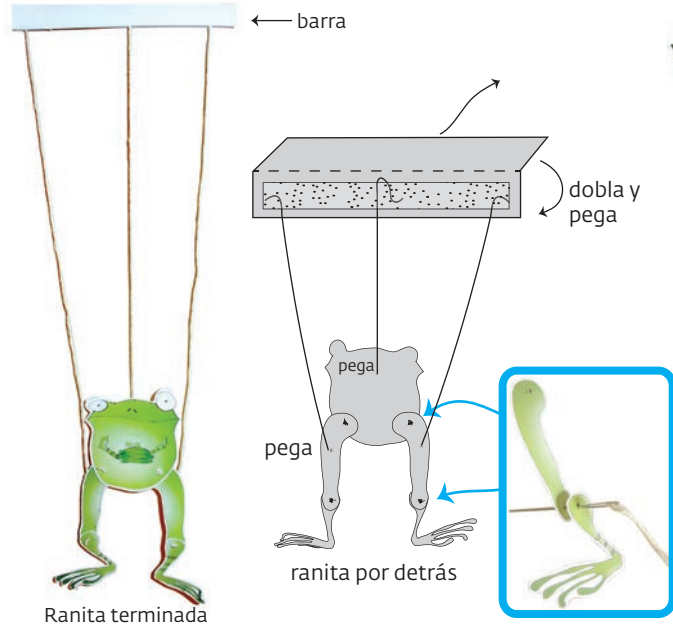


NOCTURNO EN EL BALCÓN

Para hacer la ranita marioneta necesitarás una tijera, hilo pabilo, una aguja gruesa, cinta adhesiva y pega. Recorta cuidadosamente las siluetas. Escoge cuál de las dos quieres hacer.

ANCAS O PATAS: unimos cada una pasando una aguja con un hilo al que le hicimos un nudo grueso en un extremo. Luego anuda por el otro lado (foto). Las uniones deben quedar flojas para que las extremidades se puedan mover. Siguiendo el mismo procedimiento, unimos las ancas al torso de la rana (dibujo).

BARRA: dobla el rectángulo por la línea punteada. Corta tres hilos: dos de 30 cm para cada anca y uno de 25 cm para la cabeza. Pégalas por detrás de la rana tal como indica el dibujo. Ahora pega los hilos por dentro del rectángulo, puede ser con pega o con cinta adhesiva. Comprueba que la ranita quede derecha antes de terminar de pegar el rectángulo (dibujo). Juega con la ranita balanceando la barra y recuerda ponerle un nombre :)



Cuentos para jugar

El águila y la culebra Jacqueline Clarac de Briceño

Dos historias de Blanca Margarita y María Cecilia Antonio Trujillo

Un cuento para Manuel Alfredo Maneiro

Caliebirri-Nae Cudeido Relatado por Luis Blanco

Nocturno en el balcón Luiz Carlos Neves

La vida secreta de abuela Margarita Laura Antillano

El dinosaurio dzul Orlando Araujo

Piapoco Fanny Uzcátegui

Chocolate Armando José Sequera

Un dragón y otros poemas Poesía venezolana



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

